

La caja de los truenos

Propongo que a don Fernando Castedo lo pongamos detrás de un cristal, como a Reagan y como al «Guernica». Ya está bien de darle sopapos. Como unos empezaban a llamarle «tonto útil», los socialistas, para defenderle, le han llamado «señor bajito, de derechas de toda la vida». Lo mismo le llamaban el «topo», que es un animal que trabaja en lo subterráneo, que le llamaban el «Woody Allen» de Prado del Rey. Le han reprochado todo lo que ha hecho y todo lo que no ha hecho. Entre unos y otros le han presentado como traidor, inconfeso y mártir. Le han echado en cara que se empinara a Prado del Rey con los votos socialistas; que administrara el ricino ideológico en Radio y Televisión; que entregara la cabeza de Iñaki Gabilondo; que nos presentara ilustres «profesionales» que llaman al premio Adonáis, premio Adoné, y a Carmen García Bloise, Carmen García Bluas, que es que no se conocen ni a sus correligionarios; que nos metiera en el cuarto de estar el bestialismo, el incesto, el mal gusto, las malas costumbres, la publicidad encubierta y la propaganda política; que convirtiera a don Felipe González en el Gregory Peck de la caja tonta; que prestara la pantalla a los apologetas del golpismo; que se resistirá a dimitir cuando había perdido la confianza de su partido y del Gobierno que le nombró, y que, al fin, haya dimitido. En la hora amarga del desenlace de esta eutrapélica aventura le han dejado solo incluso sus más cercanos colaboradores, el presidente del Gobierno que le nombró, los consejeros de RTVE que le votaron, los editorialistas sin carné y los telespectadores sin disciplina de partido. Pues, eso: que le preserven detrás del cristal.

Bueno, solo, solo, lo que se llama solo, no se ha quedado don Fernando Castedo. Más bien se ha quedado mal acompañado. Peor que peor. Se ha quedado con don Francisco Fernández Ordóñez, por el bando de su partido. Pero don Francisco Fernández Ordóñez ya ha dicho «estoy harto» —que ya era hora de que también esa frase sonara en sus labios— y que tiene un pie en UCD y el otro en el PSOE, y ya casi los dos pies en el PSOE después de su cena con don Felipe González, que fue una cena en la que la verdad del cuento se quedó para mañana, como la cena de don Baltasar de Alcázar. Ay, señor Fernández Ordóñez, que de grandes cenas están las sepulturas llenas. También las sepulturas políticas. Y por el bando socialista se ha quedado, sobre todo, con don Alfonso Guerra, que como dirían los padres terribles es «malas compañías». Don Alfonso Guerra, al enterarse de lo de Castedo, le ha pegado fuego a la traca de los adjetivos. El «rojerío», desde hacía algún tiempo, ya no le llama a la pantalla de televisión «la caja tonta». La llamaba, aunque en secreto, «la caja útil», y más públicamente «el medio». El medio para el fin, claro. Ahora, la caja tonta es la caja de los truenos. Lo que más me fastidia de la retahíla de adjetivos de don Alfonso Guerra no es que sea un ejemplo de democracia para el fiscal. Lo que más me fastidia es que se me aproxima peligrosamente en el dominio, la riqueza y la softura para el adjetivo, cuya preeminencia me corresponde desde que Manolo Alcántara me bautizó entomólogo de adjetivos.

Don Alfonso Guerra ha puesto en la nota del PSOE para calificar el cese o la dimisión, o lo que sea, del señor Castedo estos adjetivos: brutal, irresponsable, vergonzosa, ilegal, burda y arbitraria. La nota no fue aprobada por el 99,6 por 100, como se aprobó la gestión de la Ejecutiva del PSOE, sino por aclamación. (Mi amigo el poeta Eladio Cabañero echó una vez un discurso en los Juegos Flo-

rales de Tomelloso, y me contó que los espectadores «aplaudían como procuradores». Y yo, en mis crónicas de las Cortes franquistas, les llamaba «el lago de los cisnes unánimes», como homenaje a Rubén y a don Esteban Bilbao. Ahora resulta que los cisnes unánimes son estos socialistas predemocráticos, y que además aplauden como procuradores. En esta última sesión de la nota de los adjetivos no votaron en contra ni se abstuvieron esos tres señores de Avila, enviados seguramente por don Adolfo Suárez para que se notase en algo la reforma política, la transición y la construcción de la democracia). Además de brutal, irresponsable, vergonzosa, ilegal, burda y arbitraria, don Alfonso Guerra ha añadido otros adjetivos a la decisión: el cese ha sido delictivo, vandálico y chapucero. Bueno, pues ya está claro. No es que a don Fernando Castedo lo hayan removido de Prado del Rey. Es que han echado de la Televisión a don Alfonso Guerra.

Por si eso no estuviese claro, ahí están don Eduardo Sotillos y don José Luis Balbín, dándose con los talones en el bullarengue para ir a comunicar el terremoto al señor Guerra. Y pegándolo al asiento («A mí, que me echen»), mientras firman pliegos de protesta, que es cosa que no hicieron los profesionales a quienes el señor Castedo administró el ricino de la depuración. Lo que ya no está tan claro es esa frase de don Fernando Castedo en su carta, «Se me exige la dimisión por haber hecho aquello para lo que se me nombró». ¿Y para qué se le nombró? ¿Quién o quiénes le dieron el encargo de hacer lo que ha hecho? Porque hay que reconocer que, además del aspecto político, la radio y la televisión del Estado es una serie de programas patas arriba. Casi nunca podía saber uno lo que estaba contemplando: si un telediario, una tertulia, un entremés, un mitin, un guiñol, una francachela de flipados o una sesión de espiritismo. Lo mejor es que una televisión y una radio del Estado no sea de ningún partido político. Pero que el partido mayoritario entregue la televisión del Estado a la oposición es cosa que produce la nisa nerviosa. El señor Mitterrand conquistó la televisión francesa al ganar las elecciones. Aquí, el socialismo la conquistó a pesar de perderlas. Y además, entraron en ella como si se la hubieran dado a saco. De todo esto, tal vez no tuviera la culpa don Fernando Castedo, que no es un profesional, y que bastante hacía con atender los teléfonos de la diestra, de la siniestra y del centro. Pero era irremediable que él haya tenido que jugar el papel de cabeza de turco, como ha jugado don Alfonso Guerra el papel de paparrabias.

He empezado por decir que a don Fernando Castedo hay que ponerlo detrás de un cristal, como a Reagan y como el «Guernica». Pero quizá sea más justo poner detrás del cristal a don Carlos Robles Piquer, porque ahora va a ser él quien reciba la descarga de las rabietas, los berrinches, las verraqueras y los pataleos de esos a quienes se les ha quitado el juguete. Ya le están diciendo que es reaccionario, que fue director general con Franco, ministro con Carlos Arias y que sigue siendo cuñado de Fraga. Pues nada, a desterrar de la política a Fernández Ordóñez, que fue subsecretario con Franco; a Felipe González, que fue del Frente de Juventudes; a Ramón Tamames, que escribía en «Arriba», y a algún Bustelo, por primo de Calvo-Sotelo.

De don Carlos Robles Piquer, por aquello de la objetividad informativa, se dice también que es hombre de muchas lecturas. Y a lo mejor, ahí duele, ahí duele. A lo mejor eso es lo que más aterroriza, espanta y empalidece a esos que quieren darle el premio Adoné a Carmen García Bluas.—Jaime CAMPANY.